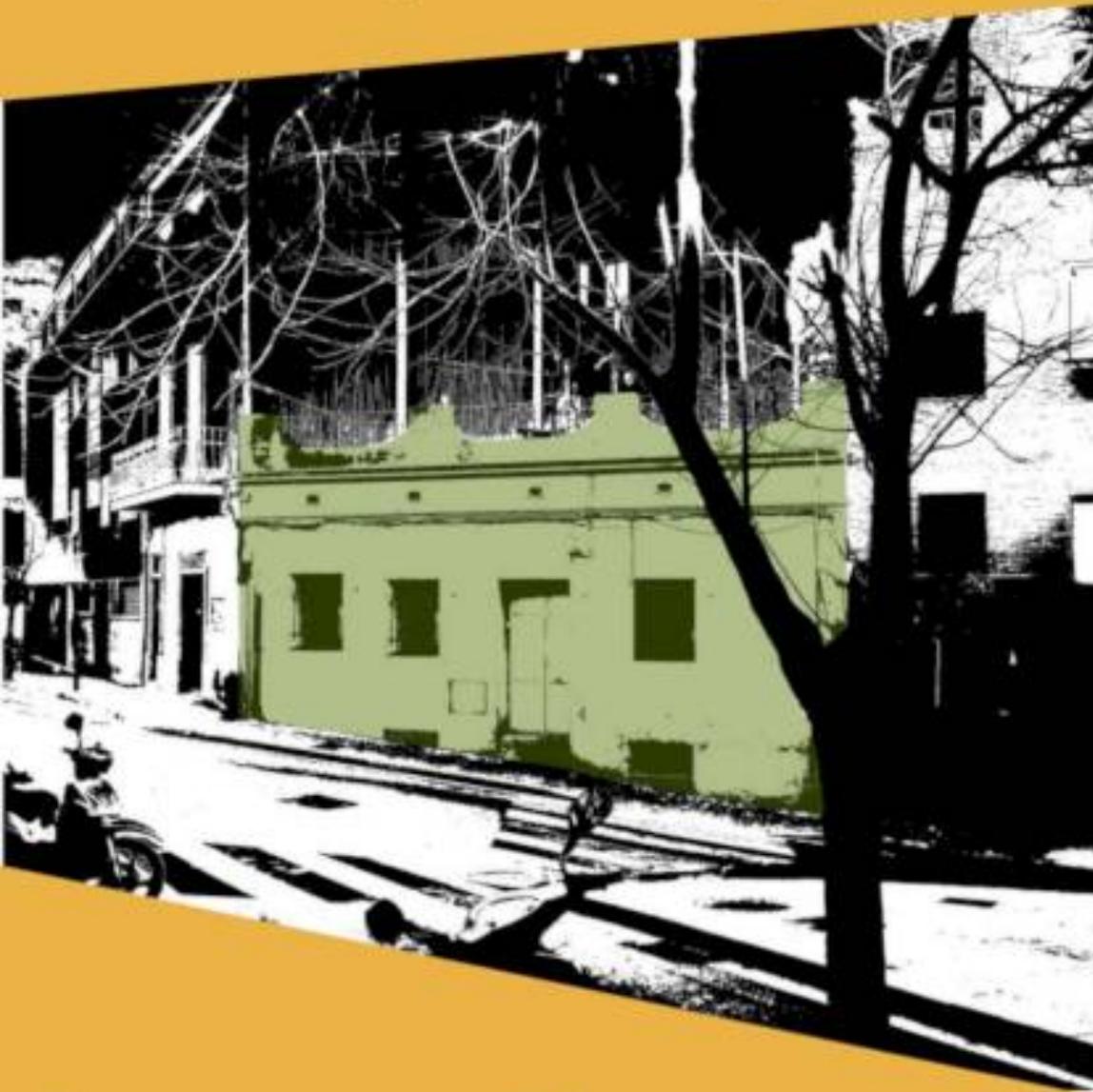


# John Klark

*Dino Fonti, detective privado*



## *La casita verde*

*J. Klark & Company, Ediciones*

**John Klark**

*Dino Fonti, detective privado*



***La casita verde***

*J. Klark & Company, Ediciones*

# Índice

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Tras la lectura](#)

**La casita verde**  
*Dino Fonti, detective privado*

# La casita verde

© John Klark

Todos los derechos reservados

Imagen de portada procesada con GIMP

Portada realizada con CANVA

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Artículo 270 y siguientes del Código Penal).

## Dedicatoria

Dedicada a todos los seguidores de mi cuenta en Twitter @jklark\_writer, con el más profundo agradecimiento por la difusión que de esta novela estáis llevando a cabo en la red.

## Prefacio

Quisiera presentarme antes de empezar con la historia que me propongo relatarles.

En primer lugar les diré cómo no me llamo. No me llamo Dino Fonti sino Leudino Fuentes: eso es lo que figura en mi DNI. Pero coincidirán conmigo en que con semejante nombre no se puede aspirar al triunfo en el glamuroso mundo de la intriga criminal. Al menos, no si se pretende hacerlo encarnando la figura de «el detective». Es por ello que, en un determinado momento de mi vida, decidí arreglar el desaguisado que cometieran mis padres, y la mejor forma que encontré de hacerlo fue eliminando la primera sílaba de mi nombre de pila e italianizando el apellido para que armonizaran mejor el uno con el otro.

Pero no siempre he funcionado con el sugerente seudónimo que uso en la actualidad. Durante mucho tiempo respondí al verdadero; desde que nací hasta

que abandoné la Policía Nacional, porque, sí, antes de ser detective privado dediqué quince años de mi vida a ese cuerpo. En él llegué a alcanzar el grado de subinspector para, cuando todo me iba viento en popa, verme de repente en la calle; me expulsaron.

¿Por qué? Muy fácil: Por idiota.

Me encaré con un alto mando, ni más ni menos que un comisario, y en consecuencia, aun y llevando la razón, me cayó encima un expediente disciplinario. No contento con ello, se me ocurrió la brillante idea de ir hasta su despacho, el del comisario, llamar a la puerta y decirle de viva voz todo lo que pensaba de él. El asunto acabó de la forma más previsible: la expulsión del cuerpo.

Sin embargo, dentro de lo malo, tuve la suerte de que mi jefe directo, el inspector jefe Cipriano Monteagudo, intercedió en mi favor. No consiguió evitar la pena, pero si variar la forma; oficialmente fui yo el que, por voluntad propia, abandoné la Policía. Y no crean que eso es poco. Con una mancha como la que hubiera emborronado mi historial, caso de ser expulsado, muchas puertas se me habrían cerrado. Por ejemplo: no podría haber obtenido la licencia para ejercer la profesión de detective privado.

Y ya que les hablo de esta profesión, he de decirles que no es oro todo lo que reluce. No se crean lo que de ella explican las novelas o las series de televisión; no dicen más que mentiras. El oficio de detective privado, en España, es la cosa más tediosa y aburrida que puedan llegar a imaginar. Se pasa uno el día yendo tras maridos o mujeres infieles a la espera de poder obtener la foto comprometedor que sirva a su pareja como prueba en un juicio por divorcio. Cuatro años estuve dedicado a eso, cuatro horribles

años, hasta que Monteagudo vino a sacarme del tedio.

Se presentó una tarde de setiembre en el despacho que tenía abierto al público, una estancia mugrienta en un edificio más mugriento todavía de uno de los barrios menos recomendables de Madrid. Lo recibí con sorpresa y alegría. Era la última persona que esperaba ver tras la puerta cuando la abrí. Nos saludamos con afecto.

—No se le puede dejar solo, Fuentes —me dijo tras tomar asiento y observar el estado en que se hallaba la estancia.

—Tiene razón, inspector jefe. Hay un poco de desorden.

—Un poco, sí.

Guardó silencio mientras acababa de mirarlo todo con cara de escepticismo y, al final, se pronunció:

—No es usted hombre de despacho, ¿verdad? Le va más la acción.

—Ya me conoce, inspector jefe.

—No tiene por qué otorgarme el tratamiento oficial, Fuentes. Ya no soy su jefe.

—Claro, señor. Pero es difícil. La fuerza de la costumbre, ¿sabe?

—Como guste, pero sepa que ya no soy inspector jefe.

—¡Comisario! ¿Sí? —exclamé alegrándome.

—Desde hace tres meses.

Intercambiamos las cuatro frases protocolarias de rigor en casos semejantes hasta que Monteagudo, fiel a su tradicional forma de hacer, fue directo al grano.

—Se estará preguntando el motivo de mi visita.

Hice un gesto con las manos invitándolo a que se explicara.

—He venido a pedirle ayuda. Me encuentro en una situación difícil y he pensado que quizá usted pudiera echarme una mano.

—Estoy a su disposición, señor. Puede contar conmigo para lo que desee.

—No corra tanto, Fuentes. Espere a que le explique.

El comentario me alertó. Mantuve silencio a la espera de sus palabras.

—Se trata de un feo asunto de tráfico de drogas.

—¡Señor! Mi licencia de detective privado no me permite actuar en ese ámbito. Lo sabe usted mejor que yo.

—¿Quién le pondrá impedimentos si un alto cargo de la policía le respalda?

—Pero, señor...

Me sentía anonadado. Si entendía bien, un comisario de policía me estaba proponiendo que pasara por encima de la ley; la propia ley que ambos nos dedicábamos a defender.

—¿Le escandalizo, detective Fonti? —preguntó con un deje de ironía—. A propósito: ¿De dónde ha salido eso de Fonti? Si no recuerdo mal, usted siempre se había llamado Fuentes.

Me puse colorado. ¡Maldita sea!

—Pero no estamos aquí —continuó diciendo— para discutir de nombres. Le estaba exponiendo la forma en que podría ayudarme a solventar el caso que llevo entre manos.

—Sí, señor.

—Como ya le he comentado, se trata de un asunto de tráfico de drogas.

—Comprendo, señor.

—No esté tan seguro, detective Fonti. Hay más: se da el caso de que el meollo de la cuestión está en Cataluña.

—¡Caray! Pero... —La últimas noticias no hacían deseable trabajar en aquella zona de España—: ¿Qué pasa con la policía de allí, quiero decir, con los Mozos?

—No los llame así que se enfadan. Ha de decir «Mosus» y, si lo tiene que escribir, ponga Mossos. Pero no se preocupe por eso, Fonti.

—Si usted lo dice, señor... —rezongué poco convencido.

—Lo que ocurre es que, tal y como están las cosas y corriendo las fechas que corren, sería una debacle si, por casualidad, se viera mezclado en el asunto algún político...

—¿Me está diciendo que hay políticos de por medio, señor?

Cada vez lo veía todo más negro.

—¡No, no! Yo no afirmo tal cosa... Pero siempre cabe la posibilidad. Y si, casualmente, se diera la circunstancia...

Se produjo un silencio espeso, de los que se pueden pintar con brocha, que acabó rompiendo el comisario.

—Ahora entiende por qué le decía que no se precipitara, ¿verdad? No está obligado a aceptar mi propuesta, pero si lo hace deberá llegar hasta el final. Sus actuaciones estarán respaldadas desde las altas esferas aunque, como puede muy bien suponer, los prebostes están poco dispuestos a arriesgar sus cargos y posiciones. Encontrará muchas puertas abiertas y otras se le abrirán con más facilidad de la

que espera, pero, llegado el momento, si consideran que pueden resultar salpicados, lo dejarán caer.

»La Policía, como Cuerpo oficial de Seguridad del Estado, dependiente del Gobierno y del Poder Judicial, no puede actuar de cualquier manera. ¿Comprende?

—Comprendo. Se pretende que trabaje procurando no montar revuelo y que, si este se produce, no llegue a relacionarse con nada oficial. ¿Es así?

—Ni más ni menos. Si alguien lo descubre, debe quedar convencido de que es usted un detective con ganas de abrirse camino en la prensa amarilla y en los programas televisivos al uso.

—¿No le preocupa la posibilidad de que, si averiguo lo que desea, acabe por buscar ese tipo de salida? Seguramente sería más rentable de lo que pueda obtener por la vía legal.

—No existe «vía legal» en este asunto, recuérdelo. Por otra parte, todavía no hemos llegado al capítulo de sus honorarios; después hablaremos de ello. Antes, si decide hacerse cargo del caso, anote el nombre de José M<sup>a</sup> Llaurador, es un reportero gráfico de enésima categoría y muy dudosa reputación que trabaja para un par de revistas de peor catadura, si cabe. Es el eslabón débil de la cadena.

Me dio su dirección y el nombre de las publicaciones en las que colaboraba.

—No sabemos más de él, salvo que en sus ratos libres trafica con estupefacientes.

La entrevista duró muy poco más.

La oferta económica resultó ser irrechazable y la posibilidad que me brindaba de abandonar el repelente olor a bragueta que había perfumado mi exis-

tencia durante los últimos años la hacía todavía más atractiva.

No me molesté en ordenar el despacho. Mucho menos la habitación trasera que hacía las veces de dormitorio, salón, comedor y cocina al mismo tiempo. Me di una ducha y me puse ropa limpia, me perfumé discretamente y eché mano de mi lista de contactos. De entre todos, escogí el de Chris; la chica se llamaba Cristina, pero se hacía llamar así. La había conocido un par de semanas antes en una fiesta. Era muy joven, quizá demasiado para mí, pero lo compensaba el cuerpazo que tenía y el hecho de haber quedado prendida de aquel detective maduro, guapo y apuesto, con una vida llena de aventura, y que, por su nombre, venía de Italia.

La llamé y, ¡oh fortuna!, tenía la noche libre y estaba dispuesta a divertirse. La pasé a recoger en un taxi y cenamos en el restaurante de un hotel de pos-tín en el centro de Madrid. En el bolsillo interior de la americana, descansaba mi cartera y, en su interior, los veinticinco mil euros que el comisario Monteagudo me había adelantado para los primeros gastos.

Cuando acabamos de cenar...

# Capítulo 1

Lo siguiente que vale la pena mencionar es que cuando desperté al día siguiente eran las once de la mañana y el lado derecho de la cama estaba vacío. Chris, la bella, divertida y alocada Chris se había despertado antes que yo y había decidido marchar sin despedirse.

Me incorporé a duras penas e intenté recordar. El principio de la noche acudió a mi memoria con cierta claridad, pero conforme avanzaba en el tiempo, las imágenes se iban tornando confusas.

Me fijé en la botella vacía de cava que, junto a dos copas, descansaba sobre un pequeño velador situado frente al gran ventanal de la lujosa habitación y en la de Johnny Walker que había en la mesita de noche; a esta última le faltaba un tercio de su contenido. No recordaba cómo habían llegado hasta allí, pero comprendí de inmediato el motivo de mi turbio

estado mental y del dolor de cabeza que casi no me permitía abrir los ojos.

Me levanté, no sin esfuerzo, y una ducha fría sumada a un par de cafés me devolvieron al mundo en un relativo estado de buen funcionamiento.

Regresé a mi cubículo a fin de meter un poco de ropa en una maleta y lo imprescindible en materia de aseo. También hice la compra a través de Internet de un billete para el AVE que salía hacia Barcelona a las cinco y media de la tarde y, acto seguido, me dirigí a la estación de Atocha. Comí una hamburguesa con un aspecto magnífico y un sabor asqueroso en un local de comida rápida y después, sentado ante un café mientras contemplaba las plantas del invernadero tropical, esperé la hora de salida del tren.

Cuando desembarqué en la estación de Sants, cogí un taxi para que me llevara hasta el hotel Gran Barcelona en el que tenía reservada habitación.

—No sé si podremos llegar, señor —dijo, con la típica cantinela cansina de todo buen caribeño, el mulato cubano que conducía el vehículo—. Hoy es la fiesta de los catalanes y hay mucha revolución por las calles del centro.

«¡Vaya por Dios! —pensé—. ¡Cómo habrá podido pasarme por alto!».

Era el día de san Leudino, once de setiembre, mi santo y cumpleaños a la vez, además de la fecha en que se celebraba la famosa *diada* en Cataluña.

Tardé más de una hora en recorrer un trayecto que normalmente debería haber durado diez minutos y el precio de la carrera ascendió a una suma de proporciones escandalosas. Además tuve que andar